



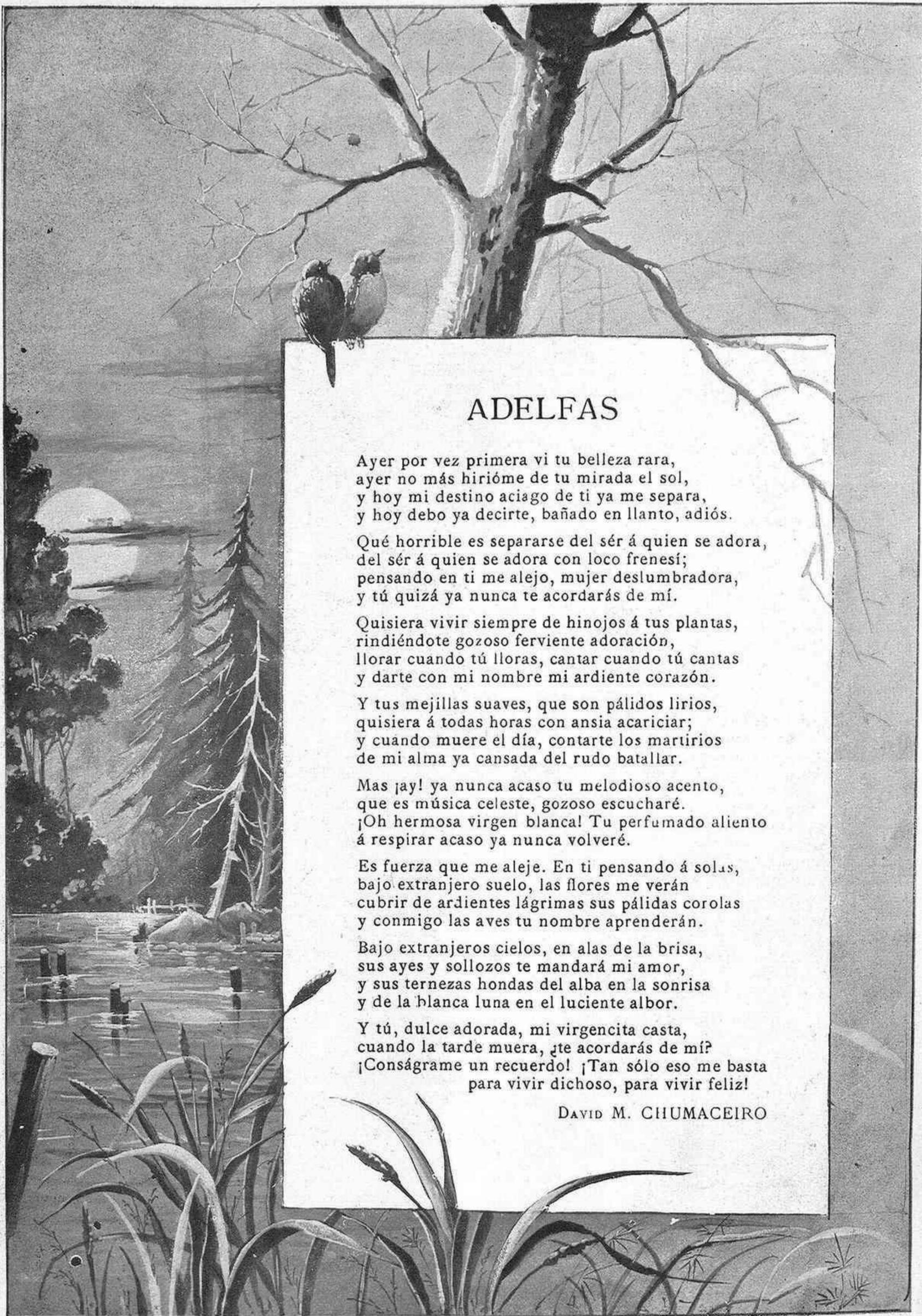
PENYA LAPZ

NUM. 60



BIENEO DE
BLIOTECA
ADRID

NÚM. 60



ADELFA

Ayer por vez primera vi tu belleza rara,
ayer no más hirióme de tu mirada el sol,
y hoy mi destino aciago de ti ya me separa,
y hoy debo ya decirte, bañado en llanto, adiós.

Qué horrible es separarse del sér á quien se adora,
del sér á quien se adora con loco frenesí;
pensando en ti me alejo, mujer deslumbradora,
y tú quizá ya nunca te acordarás de mí.

Quisiera vivir siempre de hinojos á tus plantas,
rindiéndote gozoso ferviente adoración,
llorar cuando tú lloras, cantar cuando tú cantas
y darte con mi nombre mi ardiente corazón.

Y tus mejillas suaves, que son pálidos lirios,
quisiera á todas horas con ansia acariciar;
y cuando muere el día, contarte los martirios
de mi alma ya cansada del rudo batallar.

Mas ¡ay! ya nunca acaso tu melodioso acento,
que es música celeste, gozoso escucharé.
¡Oh hermosa virgen blanca! Tu perfumado aliento
á respirar acaso ya nunca volveré.

Es fuerza que me aleje. En ti pensando á solas,
bajo extranjero suelo, las flores me verán
cubrir de ardientes lágrimas sus pálidas corolas
y conmigo las aves tu nombre aprenderán.

Bajo extranjeros cielos, en alas de la brisa,
sus ayes y sollozos te mandará mi amor,
y sus ternezas hondas del alba en la sonrisa
y de la blanca luna en el luciente albor.

Y tú, dulce adorada, mi virgencita casta,
cuando la tarde muera, ¿te acordarás de mí?
¡Conságrame un recuerdo! ¡Tan sólo eso me basta
para vivir dichoso, para vivir feliz!

DAVID M. CHUMACEIRO



Feas Artes



PROEMIO

*El ser ladrón no es arte
mecánica sino liberal.*

QUEVEDO.

DE las Bellas Artes, que no siempre, por cierto, resultan artísticas ni bellas, se ha abusado bastante, y se abusa y se abusará si no refrenan sus ímpetus tantos y tantos señores con ó sin melenas que ora esgriman pinceles con feroz saña, ya trazan con el lápiz signos emocionantes, por mal nombre denominados *modernistas*, ó bien asidos á la pluma ó al cincel, *en alas* de su imaginación soñadora, lánzanse á los *espacios* creados por ella... etc., etc., que no es cosa de hablar ahora de cada una de las Artes Bellas, especificando.

Todas las revistas ilustradas complácense en presentar láminas, reproduciendo magníficos cuadros, preciosas esculturas, célebres autógrafos musicales, etc. Cabe elogiar su buen gusto, ¡ay! hay algo más en el mundo. No sólo existen las Bellas Artes, sí que también otras *artes menores*, digámoslo así, que aún no denominándose bellas han llevado á la celebridad, al pináculo de la fama, á infinito número de varones y á multitud de hembras cuyos preclaros talentos y no escasos méritos han premiado los Estados,—cuando han podido,—adorando no sus pechos con medallas, cruces y cintas, sino sus cuellos, muñecas y tobillos, de oriental manera, con argollas, esposas y grilletes, y creando para ellos soberbios edificios denominados presidios, cárceles y galeras.

Esos seres distinguidos no han pintado lienzos ni moldeado mármoles, ni siquiera han versificado. ¿Que qué han hecho, en-

tonces? Han hecho... *de las tuyas*.

Pertencen á un orden de *artistas* especial. Cultivan... las FEAS ARTES, á espaldas de la ley, en la obscuridad, donde pueden.

Las FEAS ARTES son conocidas, quizá, desde antes que las Bellas. ¿Cómo, pues, no las dedican las revistas ilustradas algún espacio? Sobre todo las de nuestra nación, ya que en ella ha habido siempre famosísimos *artistas feos*, es decir, de esos que dedican sus acometividades á las FEAS ARTES. Rinconetes, Cortadillos, José Marías, Candelas, Niños de Ecija de siete en siete, Juanillones, Bizcos del Borne y Tuertos de mil sitios, han sido personajes de gran nombradía en nuestra clásica tierra de pan y toros. Muchos de ellos si no se mecieron en buena cuna balanceáronse en excelente horca, y váyase la una por la otra. Timadores, descuideros, tomadores del dos, del tres y de toda la numeración... si se les presenta; gitanos, espadistas, enterradores, escamoteadores, tarugistas, ¡qué sé yo! cualquiera conoce ni á medias esta nomenclatura...

Desde el bandido feroz que se come los niños crudos en el interior de las selvas y exige al caminante la bolsa ó la vida, hasta el tiernechillo infante que hurta pañuelos y portamonedas en el centro de las ciudades, en nuestra amada patria se roba por doquier con arreglo á los procedimientos más acreditados del *arte feo*.

Vamos á señalar á la ligera algunos de éstos, para poner en guardia á los incautos, á cuyo objeto presentaremos en una serie de artísticos cuadros algunos procedimientos de las FEAS ARTES.

JULIO VÍCTOR TOMEY

Ilustrado por J. VEHL



J. Vehl

SOLOS EN EL ESPACIO

(IMPRESIONES ESCRITAS DESDE UN FRAGMENTO DE LA TIERRA)



AQUELLA noche salía yo de casa de mi amada más enamorado que nunca y más intranquilo que nunca también.

Su amor me hacía el más feliz de los mortales, pero al mismo tiempo sufría de un modo indecible, al pensar que pudiese llegar á perder el cariño de aquella mujer, que pudiera alguien arrebatarme aquel amor que integraba mi vida entera.

Y no es que Matilde diera motivo con su conducta á semejantes pensamientos; antes bien, me tenía dadas repetidas pruebas de un amor sincero, leal, y jamás hube de hallar justificación á mis celos é inquietudes.

Sin embargo, Matilde era tan escepcionalmente hermosa, que su presencia despertaba en todas partes la envidia de todas las mujeres y la codiciosa admiración de todos los hombres.

Era demasiado hermosa para que yo pudiera vivir tranquilo, y se me antojaba que el colmo de la felicidad sería vivir solos, absolutamente solos, ella y yo, en la cumbre de algún monte inaccesible, ó en medio del mar, en alguna nave inabordable.

Sumido en estas reflexiones salía yo aquella noche de casa de mi amada, cuando de pronto experimenté una sacudida formidable, sentí que el suelo se hundía bajo mis pies, me deslumbró un resplandor extraordinario, retumbó un horrorísimo estampido, y al mismo tiempo,—y todo fué cuestión de un segundo — me arrebató una fuerza irresistible.

Cuando recobré el conocimiento, era noche todavía, puesto que al abrir los ojos percibí algunas estrellas, pero noche de una claridad tan extraordinaria que más bien parecía un día de sol con nubes. Me puse en pie y mi asombro fué muy grande al observar que me encontraba en una campiña al parecer desierta, y recordar que el incomprensible fenómeno ocurrió cuando me hallaba cruzando una de las plazas más concurridas de la ciudad.

Pero mi estupefacción no tuvo límites cuando, al volverme para mirar en todas direcciones, percibí en el firmamento un astro inmenso, como diez ó doce veces mayor que el tamaño aparente de la luna... Después de largo rato en que puse á contribución todos los medios imaginables para convencerme de

que no era víctima de una pesadilla, y para dominar mi terror y mi agitación nerviosa, observé también que en el disco de aquel astro misterioso se destacaba, con toda claridad, la configuración que ofrece en los mapas y globos terráqueos el hemisferio occidental. Veíanse allí, admirablemente reproducidas, como proyectadas por luminoso objetivo, las

dos Américas, con todas las islas y tierras del nuevo mundo... Entonces, di de repente un grito sobrehumano y me quedé aterrado... Recordé la predicción de un sabio astrónomo, que había anunciado para aquellos días el choque de un cometa con la Tierra, seguido de una gran catástrofe.

Indudablemente, la predicción, que fué acogida como otras análogas con el mayor escepticismo, se había realizado. Aquel astro que yo veía era la Tierra, de la que, por lo visto, había quedado íntegro, cuando menos, el Nuevo Continente. ¿Qué había sido de lo demás? ¿Qué consecuencias había tenido la catástrofe?... Y, sobre todo, ¿dónde me encontraba yo? ¿cómo me hallaba con vida? ¿qué nuevo astro—démosle este nombre—era el que me llevaba, lejos de la Tierra, á través del espacio?

Desapareció la Tierra-Luna y brilló el sol, el mismo de todos los días, por lo que pude apreciar, en una atmósfera purísima. El paisaje que me circundaba ofrecía riente aspecto.

La verde y florida pradera en que me encontraba, se extendía por el Norte y el Oeste hasta perderse de vista; limitaba el horizonte al Sur una línea de colinas azuladas, y al Este, á poca distancia de donde yo me encontraba, se alzaba un vasto y frondoso bosque. Pero por ningún lado se percibía el menor vestigio del sér humano en aquellos lugares.

No sé el tiempo que llevaría de contemplación y reflexiones, sin atreverme á dar un paso, cuando de pronto escuché un grito y vi salir del bosque y dirigirse hacia mí una figura humana... Experimenté un sacudimiento eléctrico, hice un supremo esfuerzo y avancé... ¡Oh, delirio! ¡Matilde! ¡Mi amada que se arrojó en mis brazos!

Mediante algunos cálculos y deducciones, y por el recuerdo de los términos en que estaba concebida

la predicción del sabio astrónomo, he sacado en consecuencia que, de resultas del choque, han debido desprenderse de la Tierra algunos fragmentos de mayor ó menor tamaño, y en uno de ellos, por un prodigio inaudito, nos encontramos vivos y libres de todo daño, mi amada y yo.

¿Pero, qué nos importa todo? ¿No es ésta la suprema, la absoluta felicidad? ¡Solos, solos en un mundo, en medio del espacio! ¡Delicia infinita! Somos tan dichosos, que hemos decidido crear una nueva era, y al nuevo astro, fragmento de la Tierra, ó lo que sea, le hemos dado el nombre de *Felicidad*.

He aquí ahora algunas hojas del diario que me propongo escribir:

«*Felicidad*.—Año primero de la Era.

»*Amor*. — Día 1.º del mes *Aurora*: ¡Qué felices somos!...

»Día 4 de *Aurora*: ¡Dicha sin límites! *Felicidad* es un verdadero paraíso. Hemos encontrado sin gran esfuerzo todo lo necesario para la vida, y aún verdaderos regalos. Decididamente, somos los únicos habitantes de este mundo. Para nada nos acordamos de la Tierra. ¡Cuánto me ama Matilde! ¡Qué tranquilo estoy!

»Día 5 de *Aurora*: Hemos empezado, entre deliciosas bromas, á construirnos un nido encantador.

»Día 12 de *Aurora*: Nuestro nido es más hermoso que



todas las moradas de la Tierra. ¡Y estamos libres de visitas!

»Día 1.º de *Plenitud*: (segundo mes). No hemos podido hallar nombre más apropiado, porque gozamos de la plenitud de la ventura.

»Día 15 de *Plenitud*: No he escrito nada en estos últimos días, porque me ocurre algo verdaderamente anormal. Experimento una especie de... de .. no encuentro el nombre.

»Día 20 de *Plenitud*: Por fin he dado con la explicación de lo que me sucede. Es horrible, pero cierto. Comienzo á aburrirme. Me hastía esta tranquilidad.

»Día 30 de *Plenitud*: Me aburro, decididamente. Más aún; como hace tiempo que no oigo á nadie que confirme mi opinión, dudo hasta de que Matilde sea tan hermosa como me parece.

»Día 3 de... (se nos olvidó poner nombre á este mes): ¡Gran acontecimiento! Se nos ha presentado un nuevo habitante de *Felicidad*, un arrogante mozo que cuando vió á Matilde no pudo disimular su admiración. Es hermosísima mi Matilde.

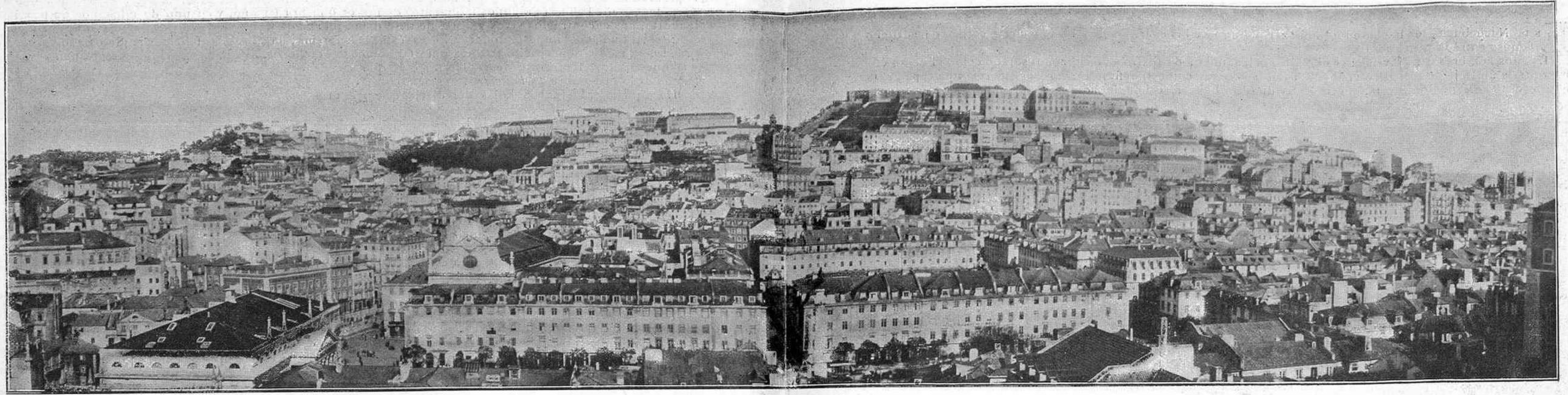
»(Sin fecha). Vivo en intranquilidad perpetua, pero no me aburro. ¡Cuánto amo á Matilde!...

Este manuscrito, encerrado en un tubo de acero, fué hallado por un sabio astrónomo del Observatorio de X.

LUIS DE TERÁN

ATENEU
BIBLIOT
MADR

LISBOA



VISTA GENERAL DE LISBOA.

LISBOA, la capital del vecino Reino, donde no ha muchos meses los forasteros madrileños fueron tan gallardamente recibidos, si no tiene el majestuoso aspecto de las grandes capitales como Londres ó París, presenta al viajero una ciudad digna de visitarse, pues que, además de su incomparable posición geográfica, única en el mundo, tiene muchos monumentos que llaman la atención. Nuestro grabado muestra algunos de esos, que se hallan reunidos en la Plaza del Comercio, más conocida bajo el nombre vulgar de *Ferreiro do Paço*, pues que en antiguos tiempos allí fué el Palacio de los Reyes.

La Plaza del Comercio puede decirse que es la corona del plan de reconstrucción de Lisboa, hecho bajo la iniciativa del grande marqués de Pombal, después del espantoso terremoto que en 1755 redujo la mayor parte de la capital á un montón de ruinas, donde nadie creería que, pocos años después, la voluntad de un hombre hiciera renacer una ciudad nueva.

Fué la parte baja de la capital la que más sufrió por esa ocasión, y como allí era, como hoy, el principal

centro del comercio, determinó el marqués de Pombal que el extremo Sur de la *Baía*, y á orillas del Tajo se construyera una plaza monumental en cuyo centro se erigió la estatua ecuestre del rey Don José I.

Este monumento presenta al Rey en actitud de mando, como quien presidiera al importante comercio de la capital y en memoria de la influencia del grande primer ministro, se encuentra éste representado en medallón en la delantera del pedestal, como que firmando su obra maravillosa.

En la fachada Norte de la Plaza del Comercio representa nuestro grabado el Arco triunfal, cuyas elegantes aunque severas líneas, son debidos al cincel de Calmels.

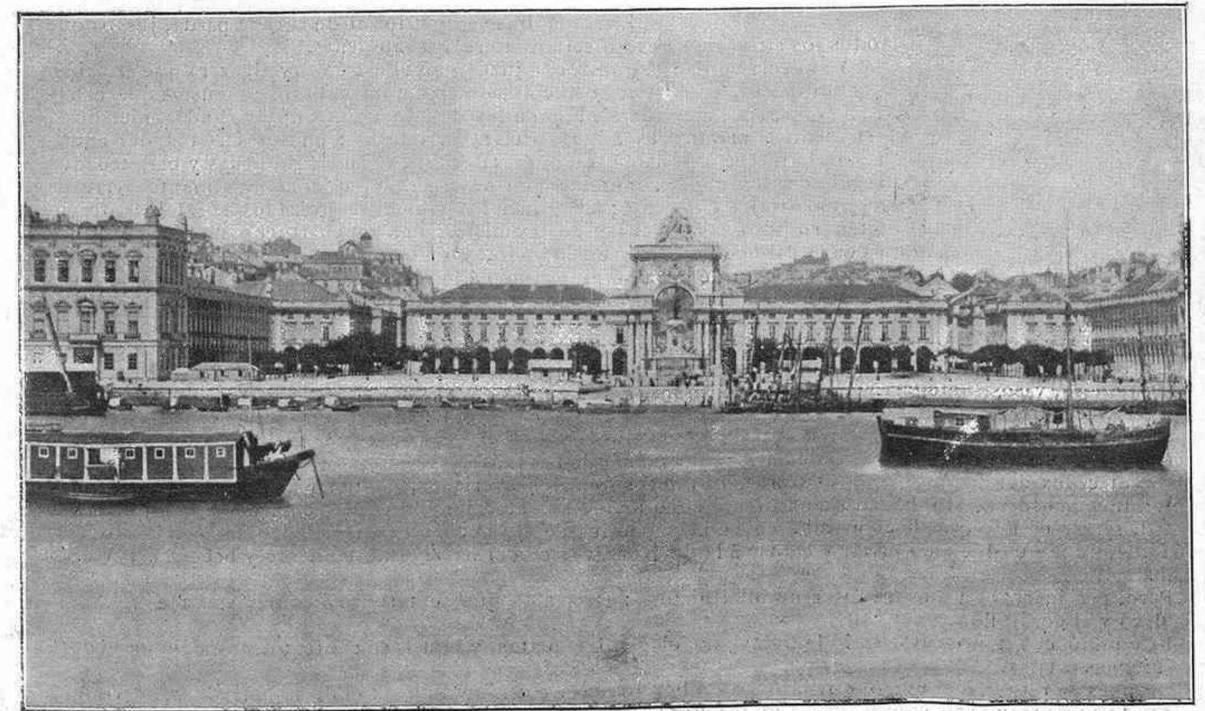
No cabe en los estrechos límites de PLUMA Y LÁPIZ la descripción, aunque resumida, de Lisboa, y por eso limitaré por hoy á lo que arriba he dicho, dejando para otra oportunidad algunas indicaciones, acompañándolas de las vistas fotográficas de otros monumentos portugueses de no menos importancia.

ALFREDO MASCARENHAS



ARCO DE LA RUA AUGUSTA.

ESTATUA DE DON JOSÉ I.

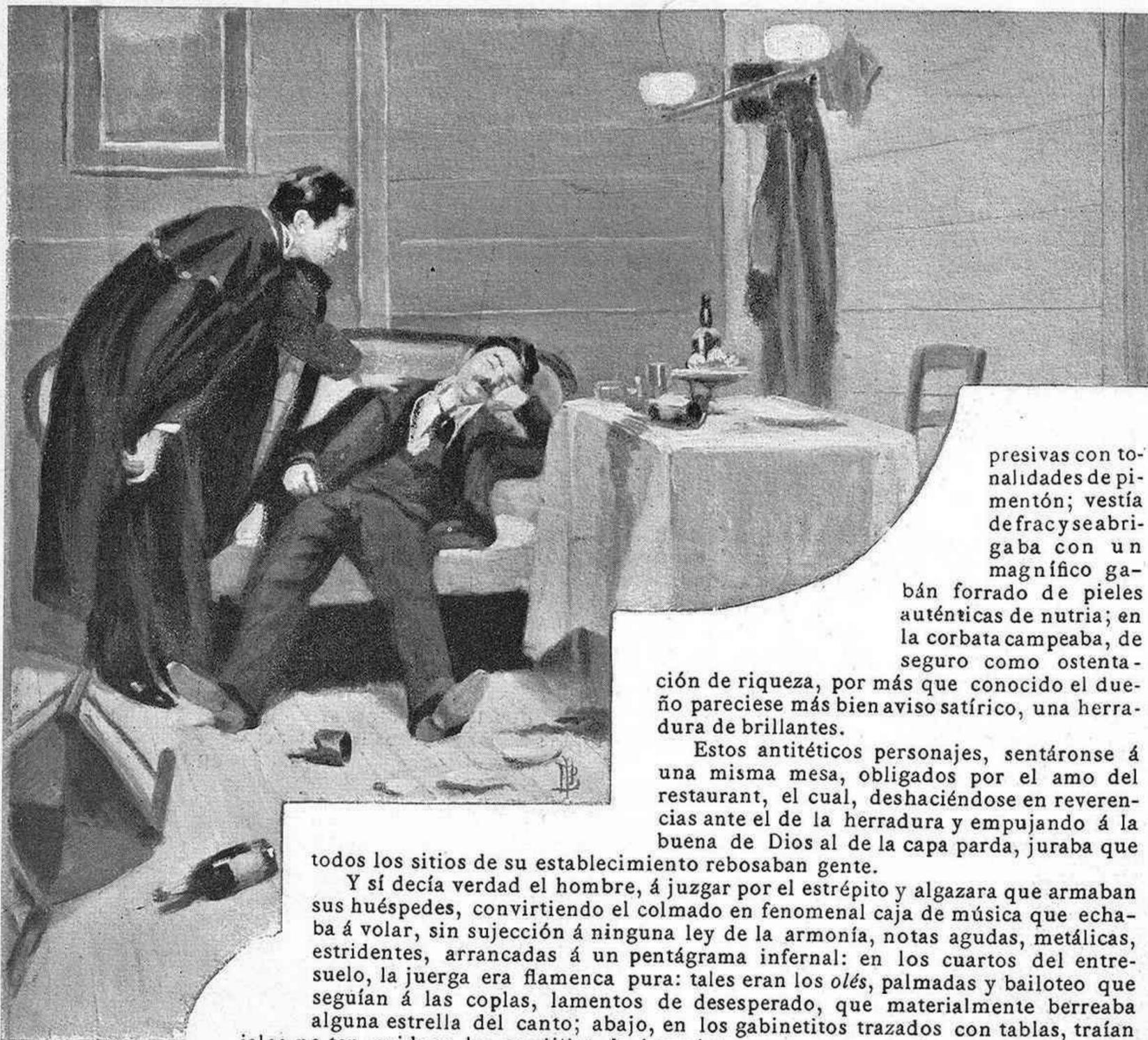


PLAZA FERREIRO DO PAÇO. — EL RÍO TAJO.

NOCHEBUENA FELIZ

En tal Nochebuena los había reunido el azar, en uno de los cuartitos de tablas de cierto colmado madrileño famoso entre la gente del trueno.

Los dos hombres eran jóvenes: el uno alto, delgaducho, de rostro enfermizo, rasurado como el de un cómico; traía un traje de auténtico paño de Tarrasa, de un color indefinible sobre el que caía una capa negra que verdeaba escandalosamente; el otro individuo era bajito, rechoncho, de cara gordinflona, de esas inex-



presivas con tonalidades de pimentón; vestía de fracy se abrigaba con un magnífico gabán forrado de pieles auténticas de nutria; en la corbata campeaba, de seguro como ostenta-

ción de riqueza, por más que conocido el dueño pareciese más bien aviso satírico, una herradura de brillantes.

Estos antitéticos personajes, sentáronse á una misma mesa, obligados por el amo del restaurant, el cual, deshaciéndose en reverencias ante el de la herradura y empujando á la buena de Dios al de la capa parda, juraba que

todos los sitios de su establecimiento rebosaban gente.

Y sí decía verdad el hombre, á juzgar por el estrépito y algazara que armaban sus huéspedes, convirtiendo el colmado en fenomenal caja de música que echaba á volar, sin sujeción á ninguna ley de la armonía, notas agudas, metálicas, estridentes, arrancadas á un pentágono infernal: en los cuartos del entre-suelo, la juerga era flamenca pura: tales eran los *olé*s, palmadas y bailoteo que seguían á las coplas, lamentos de desesperado, que materialmente berreaba alguna estrella del canto; abajo, en los gabinetitos trazados con tablas, traían

jaleo no tan ruidoso las pandillas de bromistas, y en un cuartucho mosconeaban un diálogo Venus callejera y Baco enamorado, y en otro, unos toreros tarareaban unas alegrías, que era cosa de llevarse el pañuelo á los ojos; y en tal parte reían como locas

unas mujeres, y en tal otra, voceaban unos cuantos individuos, intercalando redobles de tambor y zarandeos de panderetas.

Arriba y abajo y en todos los sitios, ruido de vajilla, sonar de timbres, abrir de puertas; y por los pasillos iban y venían á paso redoblado los camareros transmitiéndose órdenes, llevando montones de platos, panecillos, bandejas, vasos, botellas, viandas; un trajin mareante.

Decía verdad el dueño del Colmado: éste hallábase atestado de gente: la concurrencia no podía ser más heterogénea ni más pintoresca: estudiantes de esos que aprenden ciencias en los garitos, señores de cierta edad sin otro afecto que el muy problemático de su ama de llaves, toreros, mozas del partido, señoritos juerguistas atacados del flamenquismo, tahures, chalanes, tenorios averiados, gente en su mayoría viciosa, maleante, trasnochadora, sin hogar que caliente el corazón, sin afecciones que pongan freno á la inquieta voluntad, seres, en fin, que hacían gala, en la más poética de las noches cristianas, de una alegría alocada, estrépida, que se traducía en gritar y cantar á la desesperada, comer hasta el ahitamiento y beber hasta emborracharse...

Pero, prosigamos en nuestra interrumpida historia: Decíamos que sentáronse á una misma mesa el hombre flaco y el gordinflón.

Este pidió con tono autoritario la lista para elegir los platos, y aquel se contentó con pedir un bistec con muchas patatas.

Después de retirarse el mozo, quedáronse ambos jóvenes contemplándose: el de la herradura, adivinó en la cara de su improvisado compañero á un infeliz, á un desheredado de la fortuna; el de la capa pardusca,

leyó en el rostro del de los brillantes un aburrimento de rico que es el peor de los aburrimientos. Mirándose estaban aún, cuando quiso la casualidad que por la calle desfilara en tal punto una pandilla de alegres ciudadanos que armaba mortal estrépito con el repiqueteo de almireces, el redoblar de tambores y el golpetear de latas contra el empedrado: una voz de mujer, pero, voz bronca y aguardentosa, lanzó al viento la clásica copla que empieza:

«Esta noche es Nochebuena.»

Al oír aquello, los dos hombres, como si cada cual respondiese á sus propios pensamientos, repitieron



con ironía el rico, tristemente el pobre:

—¡Esta noche es Nochebuena!

Admiráronse ambos de hallar entre sí eco tan perfecto y, al expresarse su asombro, quedó roto el hielo, y los antes estirados y circunspectos comensales parecían, cuando tornó el camarero, dos buenos camaradas dispuestos á pasar alegremente la famosa velada.

Y lo que era de esperar; el gordinflón invitó á cenar al flaco, y el flaco aceptó lleno de regocijo.

Y mientras cenaban, contó cada cual su historia.

La del rico, fué breve: era huérfano desde hacía tres años y había heredado un caudal inmenso. En un lustro escaso, — perdonad lo cursi del simil— había gustado hasta las heces la copa del placer. Veíase solo, agostado, sin otros afectos ni otras alegrías que las ficticias que se proporcionaba con su dinero. ¡Oh, qué Nochebuena la que estaba pasando! .. Había ido al Círculo, y en el Círculo no encontró á nadie; fué á casa de *Mimí*, su amiga íntima, y *Mimí* hallábase celebrando la noche en casa de su hermana. ¡Hasta *Mimí* era más dichosa que él, puesto que podía gozar, en el agitado vivir suyo, de un envidiable paréntesis de calma, de un sentimiento puro y fraternal. Luis — así se llamaba el señorito, — había concluído por meterse en aquel colmado á beber todo lo más que pudiera hasta emborracharse, que la borrachera, en algunos casos, es el mejor opio que puede suministrarse al corazón cuando padece insomnios de afectos.

Juan, el hombre de la capa parda, fué más premioso al referir su vida y milagros. El era un émulo de Talma, pero, quiso su mala fortuna — su más cariñosa é inseparable amiga — negarle los esplendores de la escena: era un comiquín de cuarto orden. Habíase colado en aquel restaurant, después de abandonar la pelliza de Bato en un *Nacimiento del Mesias* que, literariamente considerado, parecía haberlo escrito el mayor hereje.

Sí; él no gozaba de otras venturas que las fugaces que, como de limosna, le proporcionaban con sus aplausos, algunos espectadores bonachones. Porque de las otras venturas que disfrutaban casi todos los mortales, ni soñación... Era solo en el mundo, tenía hambre de cariño y de goces... No podía ser mayor su desdicha: sin familia, sin amigos, sin hogar... Y juraba al rico, que le oía entre sorprendido y gozoso, que aquella noche, la alegría del público le había arrancado lágrimas muy amargas.

Es el caso que después de la cena, charlando como cotorras y bebiendo como mosquitos, quedáronse ambos jóvenes profundamente dormidos.

Y Luis soñó que él era Juan.

Y Juan, que él era Luis.

Y ocurrió con este trueque soñado de personalidades, una cosa altamente filosófica.

Luis, se consideró felicísimo en aquella Nochebuena, viéndose cómico de la legua cuya existencia era compendio de necesidades, espejo de inquietudes y resumen de desdichas.

Juan, sintiéndose rico, gozó deliciosamente: todas sus fantasías de pobre habíanse realizado por arte mágico; tenía alrededor suyo amigos cariñosos, mujeres hermosísimas que se le disputaban, criados serviciales, palacios, bosques, carruajes, joyas, una mesa espléndida, todo cuanto puede soñar un hambriento... ¡Y reíase, reíase de Bato, de aquel pobre diablo de cómico que se esforzaba por hacer reír á un público burlón que lanzaba carcajadas estruendosas al ver sus desplantes y las muecas de su cara de histrión.

La luz del amanecer tristón de un día de invierno, como reflejo de lámpara moribunda, empezó á luchar con la potente de la luz eléctrica, bajo la cual soñaban el hombre de la herradura y el cómico de la legua.

Ya la monstruosa caja de música había cesado de sonar; sólo se oía el murmullo de algún diálogo ó el roncar de algún juerguista dormido. Despertóse el cómico, y al ver á su compañero entregado á un sueño profundo, le zarandó por un brazo gritándole: —¡Eh! ¡Arriba!... ¡Vámonos, que ya es de día!...

Luis, refregóse los ojos, y mirando asombrado en torno suyo, concluyó por suspirar:

—¡Qué Nochebuena más deliciosa he pasado!...

—¡Y yo!—afirmó Juan.

—¡Jamás la olvidaré!...

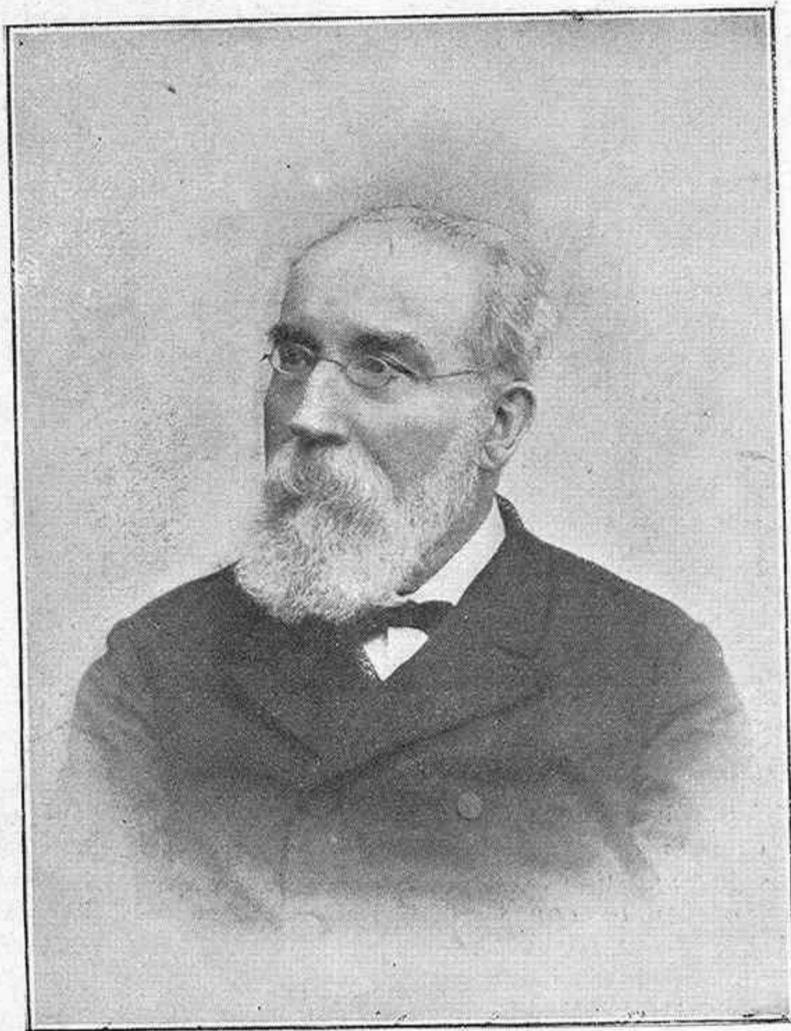
Y añadió con acento de convicción:

—¡La riqueza es un enemigo de la felicidad!

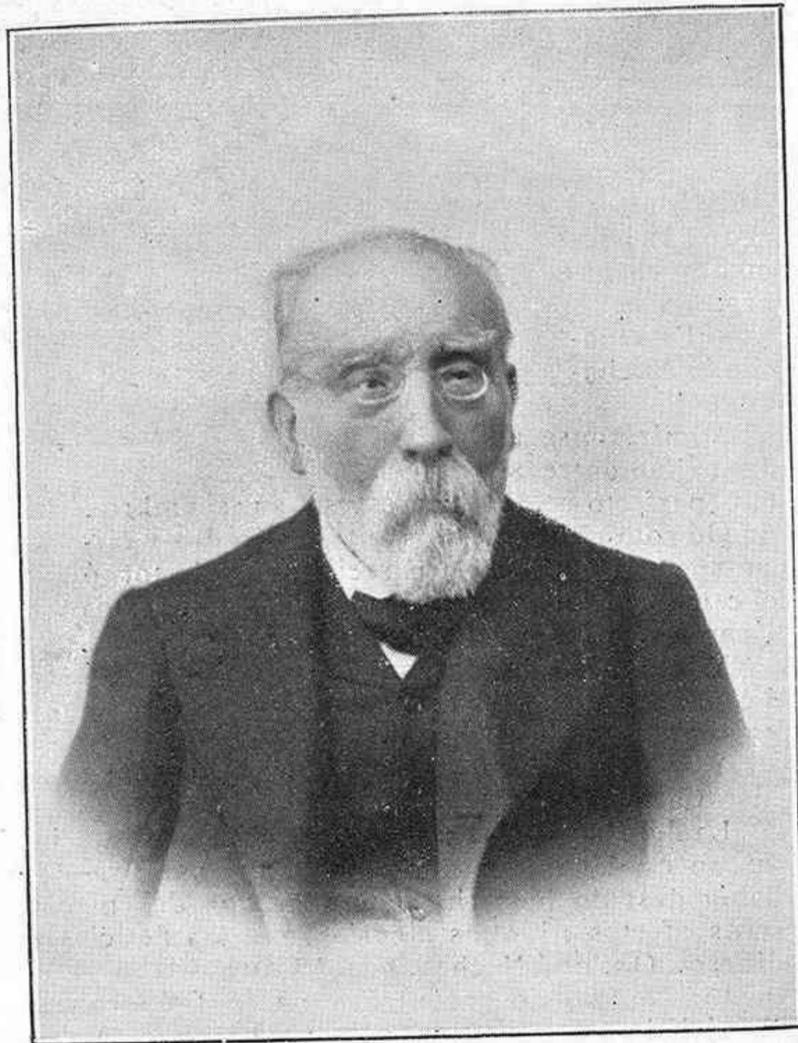
—¡Y la pobreza también! ¿Sabes lo que nos ha pasado esta noche?... Que hemos soñado lo contrario de lo que somos... ¡Así, esta Nochebuena será la más feliz de todas las noches de nuestra vida!...

ALEJANDRO LARRUBIERA

† FRANCISCO PI Y MARGALL



EN EL AÑO 1873.



EN EL AÑO 1901.

General ha sido el sentimiento que la noticia de la pérdida de este ilustre patricio ha causado á los españoles, porque generales eran las simpatías que su talento, honradez y bondad conquistaronle en vida; cualidades que se complacían en reconocerle hasta sus adversarios en el terreno político y que le elevaron desde su posición modesta á la Presidencia de la República, en 1873.

Fué eximio historiador, una autoridad indiscutible en materias financieras y figuraba entre los juriscultos más acreditados. Hay en su vida dos rasgos rarísimos, por no decir sin ejemplo, que le enaltecieron en grado sumo ante propios y extraños: el no haber querido cobrar la cesantía como Presidente de la República ni como Ministro, y la negativa á solicitar el ingreso en la Real Academia Española, por no avenirse á las prácticas para ello establecidas. Contaba sólo con su trabajo, como letrado y como escritor, para su sostenimiento, y á pesar de eso, no aceptó nunca sueldos ni subvenciones de sociedades comerciales ni de empresas ferrocarrileras... ¡Este es su mejor elogio!

Durante los pasados meses, escribió, junto con su hijo el señor Pi y Arsuaga, por encargo del señor Seguí, «La Historia de España en el Siglo XIX», sorprendiéndole la muerte cuando daba la última plumada á esta interesante obra, que es por lo tanto de inapreciable valor, y que muy pronto ofrecerá al público, con la riqueza de ilustración que tal autor merece, nuestra Casa Editorial.

¡Descanse en paz el venerable anciano, que, si ha desaparecido del mundo sin ver realizados sus ideales, vivirá mucho tiempo en la memoria del pueblo español, como modelo de políticos consecuentes y de ciudadanos honrados!



—¿Quiuste que prebemos este revolver?
—Pero... ¿ya sabes manejar ese instrumento?



—Si es mu fácil. Se meten aquí unas cláusulas...
—Aguarda, aguarda; ¡no amolemos!



—¡Rediós! no tires aún, que me vas á matar la burra.

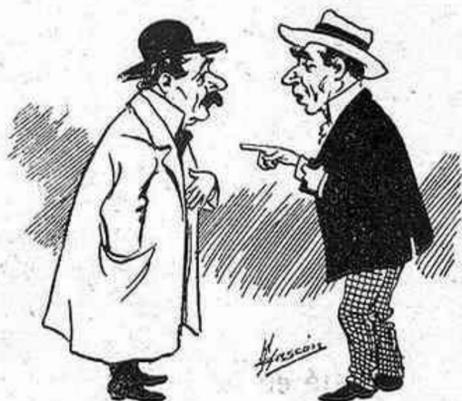


ADMINISTRACIÓN DE CORREOS (Habana).

Fot. R. Corral Martínez.



—Señorita: me es usted sumamente simpática.
—De veras.
—Sí, señorita. Se parece usted extraordinariamente á una hermana mía, que es muy mala cabeza.



—¿Es verdad que ha naufragado Julián en su viaje á América?
—Sí; pero yo le salvé la vida.
—¿Desde aquí?
—Sí; le enseñé á nadar hace 20 años.



—¿Tiene usted pan fresco?
—Sí, señor; aquí lo tiene usted calentito.

CHAMPAGNE MERCIER



Epernay

Cartel anunciador del «Champagne Mercier».